

sonaje y escenario» el crítico deriva y obtiene un criterio de valoración.

«El Cid» de Vicente Huidobro permite al crítico discurrir en torno a la complicada personalidad artística, llena de interesantes actitudes, del fundador del Creacionismo, escuela de vanguardia. El estudio de Ricardo A. Latcham sigue, en cierto modo, el hilo del viejo poema. Y de las breves comparaciones surgen las discrepancias con la verdad histórica. Pero al mismo tiempo se ponen de manifiesto la destreza, la sensibilidad moderna y el ingenio del poeta que en su espíritu «asimiló viejos estilos y culturas europeas».

En los demás ensayos que completan el volumen se observa una misma disposición emotiva y una técnica que se subordina al contenido particular de las obras estudiadas.

Siempre he creído que hablar de un crítico no es tarea fácil, sobre todo cuando se tiene presente el cariñoso apelativo que Carducci, el glorioso poeta italiano maestro de la forma, aplicó a Benedetto Croce con motivo de cierta interpretación equivocada. El autor de tantos sonetos magistrales decía que el mal crítico es como el asno que entra en el taller de un charrero y destroza con el «quadrupedante unguiae», los delicados productos que se estaban secando al sol.

Una primera lectura de los «Doce Ensayos» de Latcham producen la sensación de un esfuerzo con finalidad lograda en todos sus aspectos.—VICENTE MENGOD.



<https://doi.org/10.29393/At237-34OBMC10034>

### LA OPOSICIÓN BAJO LOS CÉSARES, por *Gastón Boissier*

A los 52 años de edad—el año 1875 para ser más precisos—el profesor Gastón Boissier un profundo conocedor de Roma, publicó la obra titulada «La Oposición bajo los Césares». Dicha obra dió a su autor un justo renombre en el difícil sendero de la evocación histórica.

Y no era para menos. Gastón Boissier había tratado su tema con amor y dedicación. De allí que en las páginas de su estudio dijera muchas cosas nuevas acerca de Roma.

«Jamás ha existido gobierno alguno que pareciese bien a todos los gobernados». Tal es la afirmación que estampa Boissier al comienzo de su libro. Y la estampa con énfasis. Después, como es lógico, el autor se dedica a buscar afanosamente el foco desde el cual irradió la oposición al gobierno de los Césares durante el Imperio.

El gobierno del Imperio Romano fué suspicaz.

Lo fué, porque en *alguna* parte había oposición a su labor.

Pero, ¿cuál es esa *alguna* parte? Esta fué la tarea del gobierno imperial: ubicar esa *alguna* parte opositora. Esta es también la tarea del historiador, diecinueve siglos más tarde.

La oposición, según Boissier, no estuvo, en ningún momento, en el ejército. No lo pudo estar allí. La negativa es rotunda. El soldado romano, diseminado a través de los «limes», se hallaba satisfecho de su suerte. Amaba a su patria. Adoraba a su emperador (1). Para el centurión que desde el fondo de las selvas germanas evocaba su ciudad—eje del mundo—el poder estaba humanizado en el César.

Entonces, ¿estaba la oposición en las provincias? Tampoco. Recuérdese que durante el Imperio, las provincias—si se exceptúan las fronterizas—disfrutaron de paz.

Esta paz permitió la mezcla y el cruzamiento entre diversos pueblos «Vióse entonces—escribe Boissier—a grandes pueblos renunciar espontáneamente a su idioma para adoptar el de sus vencedores».

Durante aquellos días se estuvo muy cerca de ver realizado el pensamiento de la ciudad universal. Además, poco impor-

(1) Es conveniente recordar aquí que desde Augusto hasta Nerón, pasando por monarcas tan indescabables como Tiberio, Calígula, Claudio, nunca se alzó la soldadesca contra el César.

taba a las provincias que la autoridad estuviese en manos del Senado o del Emperador. Y poco les importaba, porque en esa autoridad ellas, las provincias, no tenían participación.

En cuanto a las orgías de un Calígula o un Nerón... bueno, la distancia debilitaba y hacía menos efectivos los comentarios picantes que al respecto pudieran echarse a rodar. ¡Y hartamente bien se conoce la influencia que el comentario tiene sobre el nacimiento de una oposición!

Pero ya es hora de decir dónde estuvo la oposición, según Boissier. La respuesta que da el estudioso francés es sencilla: la oposición estaba en la propia Roma. Fué Roma quien añoró con mayor intensidad los austeros días de la República; Roma, quien alimentó en la obscuridad de sus callejuelas, el germen del descontento y la murmuración; Roma, en fin, quien dejó correr por calzadas y pagos el comentario—fresco y succulento—de los deslices imperiales.

Pero esta oposición al Imperio no fué profunda ni radical. Tampoco fué sistemática o teórica. Fué, si hemos de atenernos a lo que de ella dicen Ovidio, Petronio, Tácito, Lucano y Juvenal, traviesa y circunstancial. La razón del descontento de muchos durante el Imperio, es personal. Los opositores son enemigos de éste o de aquél emperador; nunca del régimen.

Estos descontentos circunstanciales se limitaban a pedir a los emperadores más respeto por las atribuciones de los demás magistrados; más discreción en el uso de su poder; más atención a la opinión pública y, por fin, más libertad de palabra.

A esta altura de la obra que comentamos, vamos acercándonos a capítulos de gran interés. Los árboles que impedían una clara visión, han sido ya talados, y Boissier dedica algunas páginas a los escritores de la oposición. Fueron pocos. Puede afirmarse que la literatura romana fué favorable a los emperadores. La razón de ello es el estómago. En efecto, los escritores—y sobre todo los poetas—tenían como única fuente de entradas, las prodigalidades del César. De allí que colmaran de

elogios a los príncipes. Recuérdese, sin más, a Horacio, en tiempos de Augusto; Petronio, bajo Nerón y Velejo Patérculo, en los días de Tiberio (1).

Sin embargo, tres escritores—un poeta sutil, un historiador artista y un prosista vulgar—pueden ser señalados como opositores al régimen imperial.

Lucano, Tácito y Juvenal... He aquí los tres descontentos de que hablamos.

Examinémoslos con mayor detalle y abundamiento.

Cuando Lucano, joven aun y aplaudido en todo el Imperio, elige como tema para un poema la batalla de Farsalia, lo hace con el fin de halagar a Nerón. Esta epopeya—la Farsalia—que iba a convertirse con el correr de los días en una glorificación de la República, es, en sus comienzos un elogio escandaloso al Emperador. Los tres primeros libros de la Farsalia, son escritos por un Lucano sumiso a Nerón. «En lo restante de la obra—afirma Boissier—varía el tono, y el vasallo sumiso conviértese en adversario furioso». ¿La causa? Una desavenencia entre el príncipe y el poeta. A partir de este momento, Lucano, agresivo, se burla de Nerón y de su corte degenerada, «Búrlase también de aquellas parodias electorales que parecían conservar la libertad de Roma; se ríe de las vergonzosas adulaciones con que se abruma a los príncipes; la apoteosis imperial le parece una sacrílega comedia desde que el emperador es su enemigo».

Como se ve, un resquemor personal le torna enemigo del Imperio.

(1) Al lector que quiera tener una visión de conjunto sobre los historiadores de la Antigüedad, desde Herodoto a Amiano Marcelino, sin olvidar a Josefo, Tucídides, Polibio, Tito Libio, Tácito, etc., recomiendo la magnífica obra del profesor James Shotwell, titulada «Historia de la Historia en el mundo antiguo». (Fondo de Cultura Económica, 1940, México).

Tácito también ha sido considerado un opositor de los Césares. Es él, junto con Suetonio y Dion Casio, el responsable de la mala fama de los emperadores. Tácito estigmatiza tanto a Tiberio como a Nerón. Sin embargo, cuando bajo los Antoninos—y especialmente en tiempos de Trajano—se inicia una era de trabajo y prosperidad, Tácito inicia su tono de amarga crítica. Saluda con incontenible alegría la «aurora de aquel afortunado siglo», preferible a todos los siglos anteriores, porque en él ha advertido—¡por fin!—la presencia de un príncipe íntegro.

El último escritor de la oposición al Imperio es Juvenal. Juvenal, el bilioso y descontentadizo. Juvenal, el creador de las «Sátiras» (1). Juvenal, que algunos ilusos han llamado «el viejo espíritu liberal de los republicanos muertos» no es, en verdad, un republicano. Tampoco es un cesarista. Es, en buenas cuentas, un hombre amargado y enfermo que vierte al papel su mal humor. Vive quejándose de todo. Maldice a cada paso su miseria diaria. Juvenal, como miles de romanos de aquellos días, subsiste gracias a la caridad del prójimo. Por esto, su ideal es una sociedad en la que abundan las liberalidades. Si a veces arroja algunas saetas contra Domiciano o Trajano, «no lo hace a nombre de una opinión pública», sino más bien impulsado por su temperamento. Como se ve, la figura de Juvenal, desde el punto de vista político, es bien baja. No pasa de lo mediocre.

Esta es, en suma, la obra de Gastón Boissier titulada «La oposición bajo los Césares». En ella su autor, muerto hace 36 años, se nos presenta como un evocador impecable de cuadros históricos.

La prosa del estudioso francés, clara, expresiva, sencilla,

(1) El biógrafo chileno don Alejandro Vicuña tiene un discreto estudio sobre la vida y obra de Juvenal, que ha sido publicado por Nascimento. Su lectura es recomendable, porque aclara muchos puntos oscuros en la vida del escritor de Aquino.

enfoca el ambiente general del Imperio Romano, sin olvidar la descripción de los elementos constitutivos de esa sociedad.

Guiados por la mano experta de este profundo conocedor de las encrucijadas de Roma (que no son pocas), volvemos la vista hacia atrás, desandamos diecinueve siglos en algunas horas y llegamos a ver, claramente, las callejuelas de Roma y la vida diaria que sobre ellas se desarrollaba. Y el cuadro, por momentos, adquiere caracteres de epopeya. . . Este, creo, es su mejor elogio.—MARIO CÉSPEDES.



EL JOVEN ARQUÍMEDES, por *Aldous Huxley*, Editorial Losada.  
Buenos Aires, 1943.

Ciertamente, son aspectos interesantes en Aldous Huxley su vasta cultura científica o el sesgo filosófico y sociólogo que asumen muchos de sus ensayos. Pero la virtud por la cual se le recuerde, y la popularidad de que disfruta entre los mejores escritores, reside en su calidad de gran novelista.

Empezar a leer la novela «Contrapunto», que hasta ahora sigue siendo su obra maestra, es lanzarse en una apasionada lectura, de ritmo y fiebre propios de los privilegiados lectores de Edgard Wallace u otros progenitores de aventuras policiales.

Huxley busca hasta el fondo de lo humano y retorna de allá con un cargamento extraordinario. Luego, exhibe sus hallazgos de manera graciosa y ligera, y el lector cree encontrarse con las cosas habituales de su mundo cotidiano: el arte huxleyano alcanza tal grado de perfección que la sabiduría del escritor, sus atisbos geniales en el dominio de la psicología, arriban con sencilla espontaneidad, encubiertos con leves toques de emoción y de buen humor.

En esta colección de cuentos agrupados bajo el nombre de «El joven Arquímedes» se juntan cuatro relatos breves que el